

Mujeres y niñas bajo el yugo talibán

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

La orden de Biden de retirar a las tropas estadounidenses de Afganistán antes del 11 de septiembre de 2021 seguro que tiene graves consecuencias para determinados colectivos de ese país. Así lo ha advertido George W. Bush, que fue quien ordenó la invasión en octubre de 2001. En verdad, Afganistán no formaba parte del eje del mal (Irak, Irán y Corea del Norte), pero la Casa Blanca enseguida acusó a los talibanes de esconder a Osama bin Laden. Tras el atentado de las Torres Gemelas parecía justificado el envío de militares a la región, concretamente a Irak y a Afganistán. En el primer caso, se acusó falsamente a Sadam Husein de poseer armas de destrucción masiva. En Afganistán el escenario era bien distinto, porque hacía tiempo que las frágiles estructuras del estado habían colapsado al calor de una guerra civil que se prolongaba durante años. A la postre, terminó involucrándose en un conflicto interno de muy difícil desenlace. De la misma manera que los soviéticos habían fracasado allí en los ochenta, los efectivos de la coalición internacional han decidido marcharse ante la imposibilidad de arbitrar una solución. Y es que, en verdad, Afganistán es un estado fallido, donde por encima del concepto de ciudadanía rige el de tribu. La proclamación de la República en 1973, tras un golpe militar que abolió la monarquía, dio lugar a un escenario inestable que prácticamente se mantiene hasta hoy día. El sostén de Moscú a un gobierno de izquierdas en 1978 fue respondido por la lucha de los muyaidines, que fueron armados hasta los dientes por Washington en un contexto de Guerra Fría. Tras la marcha del ejército soviético, el enfrentamiento civil estaba servido, prolongándose por años. A este respecto, los esfuerzos de la Administración Trump para encauzar el diálogo entre las autoridades de Kabul y los talibanes también naufragaron. Él estaba incluso dispuesto a invitar a una delegación de barbudos a Camp David, cosa que desaconsejaron algunos de sus colaboradores y que finalmente frustró un atentado.

En realidad, Bush no se equivoca cuando dice que, si los talibanes se hacen con el poder, mujeres, niñas, niños y cuantos estos años han trabajado para la coalición internacional (intérpretes, por ejemplo) están en peligro. Partidarios de un régimen islamista, ya sabemos qué futuro les esperan a ellas, cuyos derechos elementales se verán pisoteados. Seguidores de la interpretación más rigorista del Islam, rechazan la presencia femenina en las escuelas y en la esfera pública en general. Si se oponen a que las chicas acudan a la escuela, sólo les espera la subordinación y la invisibilidad. Según ellos, en estos momentos controlan el 80% del territorio, cosa que no debe ser cierta. Aunque, ante un ejército débil y sin la ayuda internacional, nada obsta que sea cuestión de tiempo que se apoderen del conjunto de Afganistán, imponiendo un régimen teocrático tan retrógrado como el del ISIS en zonas de Irak y Siria. Es lo que hicieron cuando estuvieron en el poder entre 1996 y 2001, apoyados por Arabia, Paquistán y, al principio, por Estados Unidos, y es lo que hacen en las provincias que dominan. A expensas de las conversaciones que mantienen en Doha con el gobierno, el riesgo de que Kabul y otros bastiones que aún resisten caigan en sus manos es una posibilidad real y que es contemplada con temor por parte de la comunidad internacional y en especial por algunos de sus vecinos, como Rusia.

Con 650.000 kilómetros cuadrados, Afganistán es un país relativamente grande que limita con dos potencias importantes en la región, Irán y Paquistán, y con las ex repúblicas soviéticas de Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán. Precisamente, el hecho de que varios soldados afganos cruzaran la frontera tayika hace unos días, huyendo de los talibanes, ha alarmado al Kremlin. No en vano Rusia mantiene allí una destacada base militar. Por ende, es la primera interesada en que la situación no se desborde. Al punto que los dirigentes talibanes han asegurado a Putin que su intención no es extender las hostilidades fuera de Afganistán. Sin embargo, en una zona de por sí bastante caliente, no resulta halagüeño para estos países tener en su patio trasero un foco de inestabilidad permanente. Puesto que, tanto si los talibanes se hacen con todo el poder o no, Afganistán está abocado a una guerra civil latente permanente, con los peligros que esto entraña

para lo que el periodista Ahmed Rashid ha denominado el Gran Juego de los oleoductos y gasoductos de Asia Central. El tema es que desde 2001 la coalición no ha podido resolver el problema y a corto plazo no veo una salida factible. El único actor que verdaderamente puede tener un peso decisivo ahora es Rusia, si bien habrá que ver su grado de implicación, ya que Afganistán fue para la URSS un auténtico Vietnam, habiendo salido muy escaldada. Por consiguiente, a la espera de movimientos, mucho me temo que, como dice Bush, y aparte de la geoestrategia y de convertirse en base del terrorismo internacional, se abra una nueva etapa negra para mujeres y niñas.

19 de julio de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 7 de agosto de 2021, p. 24